

EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III.

1.º Abril 1866.

NÚM. 13.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 18 trimestre.—34 seis meses.—66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-RICO. 7 ps.

AMÉRICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y administraciones de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.

SUMARIO.

Venganza de la Hoya: Apuntes históricos, por D. Rafael Ferrer y Bigné.—Escala vegetal, por D. Peregrin García Cadena.—Parte de una elegía, de D. Carlos Rubio.—La misa

del día de Pascua en San Pedro de Roma.—Trabajos en el campo de Marte de París para la esposicion universal de 1867.—A Ciudad-Rodrigo (poesía), por D. Miguel Velasco y Santos.—Hasta los gatos quieren zapatos, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—Versos y locomotoras: Apuntes sobre un

libro que se acaba de publicar, por D. Rafael Serrano Alcázar.

Grabados. La misa del día de Pascua en San Pedro de Roma.—Trabajos en el campo de Marte de París para la esposicion universal de 1867.

VENGANZA DE LA HOYA.

APUNTES HISTÓRICOS.

I.

Corría el año de gracia de 1609, en que regia los destinos de nuestra España el Sr. Rey D. Felipe III, de funesta memoria.

Los últimos vástagos degenerados de la altiva raza árabe, los pobres moriscos, blanco de la tiranía de los señores, de la envidia de los vasallos, y del fanatismo de todos, despues de haber sido reducidos á la miseria á fuerza de zofras y tributos, obligados á renegar de su Dios y de la religion de sus mayores, y señalados con el estigma del desprecio y de la infamia, estaban próximos á ser lanzados de su pais natal, á ser despojados de sus pobres hogares, y separados de sus tiernos hijos, como inmundos seres desheredados de los derechos que hasta á los brutos concede la naturaleza.

La parca comida que les servia apenas de sustento, los miserables vestidos con que cubrian sus macilentas carnes (1), no impidieron que la codicia de sus convecinos les supusiera avaros poseedores de ocultos caudales, que, con las apariencias de pobreza, querian sustraer á las exigencias de sus señores.

Hasta el venerable patriarca y virey de Valencia Don Juan de Rivera, en un memorial que dirigió á S. M., participó de esta general disposicion, diciendo (2): «En el reino de Valencia, con ser de suyo muy corto, y estar los moriscos cargados de zofras, y pagando á los se-

ñores el tercio de lo que cogen, con todo hay muchos ricos.»

Esta razon era, sin duda, la mas poderosa para que, con pretexto de los intereses religiosos, se tratase de espulsarles definitivamente del reino; y mientras los teólogos disputaban de buena fe sobre si podia ó no esperarse la enmienda de los agarenos, y el arzobispo Don Juan de Rivera clamaba por que se *separase á Isaac de Israel*, la Inquisicion martirizaba á aquellos infelices (1); los alguaciles y corchetes los llevaban á viva fuerza á la iglesia, los hacian tomar agua bendita, estar presentes para oír la misa, y, quebrantando el santuario del hogar doméstico, hasta les multaban por no guardar el ayuno, ó por no observar el día de Domingo; despues de lo cual, todavia los cristianos viejos untaban con tocino la frente de aquellos desgraciados, como alarde de mofa y vilipendio (2).

Envilecidos ya con tanto ultrage, eran acusados todavia los miserables moriscos de sacrílegos, apóstatas, prodtiores del reino, asesinos, pertinaces, incorregibles, y de asiento en el pecado, sin que bastasen para su defensa las razones alegadas por rectas conciencias y levantados espíritus que por ellos abogaban.

Venció por fin la calumnia, y el partido anti-moriseo obtuvo su triunfo con el bando de espulsion, publicado en 22 de Setiembre del mismo año por el virey de Valencia, marqués de Caracena, en cumplimiento de lo resuelto por S. M. (3).

(1) Escolano, libro 10, cap. 39.

(2) Fonseca, libro 2.º, capítulos 1.º y 2.º

(3) Tres meses despues se publicó la ley general de espulsion, que es la 25, título 2.º, lib. 8.º, de la Recopilacion.

II.

Existia á la sazón, segun la crónica, en el condado de Buñol un anciano morisco (1), versado en las ciencias de Averroes y Avicena, docto en las letras, y renombrado por su sabiduría y prudencia. Estas cualidades, raras entre los desgraciados seres de su raza, le habian grangeado el respeto y veneracion de sus hermanos y el aprecio y consideracion de los cristianos viejos de la comarca. Así es que, no solo sus Alamines, sino tambien el Baile y Justicias de aquellos lugares, solian consultarle los asuntos difíciles, y no era raro que hasta el mismo Conde y sus capitanes le pidiesen sus sábios consejos.

Tan luego, pues, como en el pais se recibió la anticipada noticia de la espulsion de los moriscos, despertóse el adormecido valor de esta raza degradada, y mientras los mas jóvenes afilaban sus aceradas armas para la defensa, los mas prudentes acudían en tropel á la casa del *Sábio* (pues así le designaban) como único consejero en su desgracia suprema.

En su pobre aposento estaba el anciano, arrodillado ante una enorme caja de plomo, con dobles cerraduras. Una lámpara de pálida y oscilante luz, que sostenia con su mano izquierda, alumbraba el fondo del arca que registraba con su derecha, reflejándose en la blanca y larga barba, que destacaba sobre su descarnada faz, de cetrino color. Al oír el rumor de la gente que llegaba, cerró precipitadamente el arca, dejó como al descuido sobre su cubierta unas pocas monedas de cobre, y guardó una actitud tranquila y digna.

(1) El P. Fonseca hace mencion especial de un médico morisco de Buñol.

(1) Así lo dice el Licenciado Aznar y con ello conviene el P. Belda, á pesar de su enemistad con los moriscos.

(2) Guadalajara, parte 2.ª, cap. VII.

—¿Sabes nuestra desgracia? le preguntaron los recién venidos, en cuyos rostros se retrataba en variadas formas la desesperación y el abatimiento.

—La sé: dijo el anciano con fría calma; la esperaba hace tiempo.

—Pero, ¿qué debemos hacer? preguntó aquella turba. Nuestros hijos, decían, se disponen para el combate; nuestras mugeres preparan la hoguera en que han de consumir todo lo que no puedan llevar consigo; las madres esconden á sus pequeñuelos; los niños gritan y se estremecen con mortal pavor al ver el general trastorno.... nosotros, en tanto, no sabemos qué decirles. Dinos, tú, ¡oh sabio! ¿qué es lo que hacer debemos?

—Lo que yo. Prepararos para el viaje.

—Menos desdichado tú, que tienes, sin duda, un caudal que poder salvar, según lo que vemos: pero nosotros.... ya sabes nuestra miseria. A pesar de lo que de nosotros dicen, apenas contamos con un débil techo y algún trozo de tierra, que regamos con el sudor de nuestra frente.... Los señores nos apremian, y apenas nos dejan el pedazo de pan que se reparten nuestras hambrientas familias. Nos creen, sin embargo, poseedores de tesoros....

—Como el mío; ¿no es verdad? preguntó el anciano con amarga sonrisa.

Los demás enmudecieron sin atreverse á afirmar lo mismo que hacían creer las apariencias.

—Pues bien, añadió el anciano; yo os mostraré mi tesoro; ¡que Dios sabe cuánto es inestimable! Sin embargo, le reservo únicamente para nuestros enemigos. Haced vosotros lo mismo. No esperéis salvar nada de vuestros escasos bienes; pobres son vuestras alhajas; sé cuán exhaustos estais de dinero; sin embargo, reunid unas y otros para hacer de ellos lo que yo os indique. Entretanto, dejad á los cristianos en la creencia de vuestras riquezas; permaneced encerrados en vuestras casas; sobre todo, haced que los imprudentes jóvenes abandonen sus armas.... ni una queja, ni una palabra de rebelión, ni una amenaza.... ¡y yo os prometo la sola venganza que ya os resta! Marchad en silencio.

—¡Sí, venganza! murmuraron todos, y volvieron silenciosos á sus casas, alentados por la fe y por la esperanza.

III.

Mientras tanto, los señores y nobles, temerosos de los perjuicios de sus estados é intereses por la salida de los moriscos con sus supuestos tesoros, resistían tanto mas la expulsión, cuanto mas se confirmaban en la creencia de sus ocultas riquezas.

El conde de Buñol, y todo el brazo militar de sus estados, reuniéronse tumultuosamente en la casa-palacio para deliberar lo que deberían hacer, no por humanidad ni lástima, sino en su propio interés; y concluyeron por enviar al rey comisionados con la embajada de que suspendiese el decreto de destierro.

Los villanos, por su parte, espíaban á los moriscos para ver qué es lo que hacían de sus fortunas; pero estos se encerraban cautelosamente en sus casas, siguiendo las indicaciones del sabio anciano, mas que á causa de los denuestos y amenazas que les dirigían los cristianos viejos (1).

En un principio, esperaron poder salvar sus escasos ahorros de la rapacidad de los cristianos, pero el sabio anciano no se engañó en sus vaticinios.

En efecto; aunque se había concedido á todos los moriscos de España que pudiesen realizar dentro del término de treinta días sus cosechas, animales, alhajas, etc., para que pudiesen llevarse su equivalencia, sin embargo, apenas en otros lugares comenzaron á hacer tales ventas los menos cautos lograron los ambiciosos señores se prohibiese, por medio de un bando (2), que tal hiciesen

los moriscos del reino de Valencia, cuyos bienes, como de víctimas indefensos, eran considerados como despojos á favor de sus sacrificadores.

(Se concluirá.)

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

ESCALA VEGETAL.

30 de Marzo.

Acabo de recibir tu carta. Vendrás á últimos de Mayo. Lo deseo con toda mi alma. Quiero que me digas el secreto de la felicidad; quiero saber cómo se conserva joven y fresco un amor que ha sufrido la prueba de cuatro años...., cuando el de Carlos que ayer parecía lleno de vida y de perfume, está hoy herido de muerte.

Dios castiga mi ingratitud; aquella idolatría, aquella adoración incesante, aquel amor ciego, me parecían excesivos, casi llegaban á fatigarme.... ¡Ciega de mí! Ahora me afano sin esperanza por conquistar el bien que he desdeñado.

¿Qué significa esto, Dolores mía? ¿Será que en ese pequeño universo que crea la unión de un hombre y una mujer, se renueva eternamente la historia de Dios y la criatura ingrata....? ¿Será que siempre haya de haber uno que ame y otro que se deje amar?

Pero ¿y tú? ¿y Elena? ¿No amais y sois amadas? ¿No habeis encontrado esa venturosa armonía del sentimiento que debe ser el secreto de la felicidad?

La duda es imposible: el amor de Carlos muere. Cuando su mirada buscaba el cielo y el espacio, yo me quejaba de su distracción, y sin embargo, entonces me veía: ahora me mira.... y no me vé. Está cerca de mí, casi tan cerca como antes, y con todo comprendo que se aleja. Su constancia es hija del hábito: su amor ya no es fuego, es ceniza que el viento no ha llevado todavía.... ¿Cómo guardarla al menos en el hogar? No lo sé. Me siento sin fuerzas para una lucha y me veo desarmada.... Ese hombre me lo roba todo: me ha sacado de la atmósfera en que yo me sentía mujer, me ha robado la conciencia de mi propia fuerza, me ha dejado inerme en sus brazos, y ahora me roba su amor.

¿Qué recurso me queda? Necesito una inspiración vuestra, un talisman, un sortilegio, ¿qué sé yo? un remedio cualquiera; porque yo no descubro mas que un horizonte de hielo, y veo con terror que á medida que brota en mi corazón un mundo, se forma un desierto al rededor mío!.

¿Lo creerás? He tenido que recordar á Carlos su proyecto de pasar la primavera en la casa de campo donde no há mucho se creía tan feliz.... Ha olvidado su luna de miel, ese dulce recuerdo á que tributais vosotros el culto mas tierno y mas poético.

Mañana volveré á ver aquellos sitios. ¿Serán para mí una cuna y una tumba?

Allí te espera tu desgraciada

Enriqueta.»

—Atonía, síntoma final, dijo Fernando.

—Decaimiento de la pasión amorosa, correspondiente á la inanición en el cuerpo humano.

—Olvido de todo método filosófico, añadió Luis; abandono fatal de toda estética; desprecio de todo arte; el desorden, la muerte.

—¿Y aquella flor simbólica? ¿y aquellas violetas guardadas como reliquias?

—Verduras de los prados, amigo mío, nada mas que verduras.

—No seamos esclusivistas, Luis, repuso Fernando. ¿Quién sabe? Es posible que fuera de nuestro dogma se encuentre también la salvación. Enriqueta es una mujer de mérito. Carlos acaba de despertar de un sueño durante el cual debe haber fatigado ó quizá consumido su espiritualismo febril, acariciando una quimera, un ente de razón, una mujer absurda que no puede sostener la

competencia con la mujer real y llena de atractivos que el rocío del dolor y el crisol de la maternidad conducen ahora á sus brazos mas bella, mas apasionada y mas amable que nunca. ¿No se podrá esperar que al abrir los ojos y al ver por vez primera á la mujer positiva conciba por ella un amor mas racional, aunque no sea tan vehemente como el que le ha inspirado la mujer negativa?

—Tu intención es laudable, Fernando: me consuelas como si yo fuera Enriqueta: gracias por ella. En cuanto á lo demás, no creo imposible la resurrección: admito el fenómeno; pero no fiaría su producción á las fuerzas naturales. El arte tiene medios poderosos que no sabemos si están en las facultades de Enriqueta y con cuyo auxilio se puede llegar á lo inconcebible. Pero es preciso mezclar los colores de la paleta: es fuerza producir la sombra para volver á hacer la luz.

—Poco es lo que nos queda para terminar nuestra lectura, dijo Fernando: lee lo que falta de esa correspondencia y después juzgaremos.

—Leo y digo:

Enriqueta á Dolores.

Hace mes y medio que estoy en el campo. Aquí he recibido tu carta. Tus consuelos me son muy gratos como prueba de amistad y de cariño. Por desgracia no tienen la misma eficacia para el objeto á que los encamina tu tierna solicitud. Los corazones felices son elocuentes y persuasivos, Dolores mía: el tuyo es dichoso y cree que al olor de su fe volverá á florecer mi esperanza.

No, no me consueles.... Mi mal es tanto mas incurable cuanto que, según el criterio vulgar y ordinario, se parece mucho á la salud. ¿Carlos no me guarda fidelidad; no usa conmigo de todas las consideraciones que puede apetecer la mujer mas exigente; no me pasea por esos limbos de la vida donde las almas contentadizas encuentran la felicidad?

Tú que has leído las cartas de aquel Carlos que no encontraba ninguna nube bastante diáfana para que sirviese de alfombra á mis pies, lee ahora las que me ha escrito la primera vez que nos hemos separado desde aquellos tiempos de entusiasmo, y juzga por ellas de la perfecta, de la inalterable paz que debe reinar entre nosotros.

El te dirá con mas elocuencia que mi dolorosa ironía en qué han venido á parar aquellos amantes extremos, aquella estática adoración.

Lee.... y no me consueles.

Granada 20 de Abril.

Mi querida Enriqueta: aprovecho el primer correo para anunciarte mi llegada. He tenido un viaje infernal: dos veces hemos descarrilado en ese maldito camino que parece prendido con alfileres. Pero al fin todo está compensado en este mundo, y después de tanta molestia he tenido el consuelo de encontrar á mi tío bastante aliviado. Como podrás comprender, mi sorpresa ha sido tanto mas agradable, cuanto que la carta que nos anunció su enfermedad no podía ser mas alarmante.

El buen viejo tendrá aun que despedirse de sus últimos ídolos de este mundo; á saber, los espárragos de huerto, coliflores, frambuesas y demás legumbres y frutas á que consagra un doble culto en la mesa y en su jardín. ¡Pobre millonario! Esta mañana se empeñó en dictar su última voluntad, legándome todos sus bienes, que, como sabes, es su sueño de ultra tumba; pero como no tengo prisa de heredarle procuré disuadirle de su idea, hablándole de sus tres viajes al Polo y sobre todo de su famosa menestra de guisantes. Con esto creo haber adormecido por ahora sus paternales desvelos.

El médico, que es gran amigo suyo y antagonista de ajedrez, me ha dicho en broma que es una organización á prueba de enfermedades comunes, y que á pesar de sus setenta y ocho años serán precisos la peste ó el

(1) P. Guadalajara, parte 2.^a, cap. 13.

(2) En 1.^o de Octubre del referido año. Escolano, libro 10, cap. 51.

nafragio para acabar con él. Y para sazonar mas el chiste ha añadido que es el primer hombre blindado que ha ido por la mar.

El buen humor del médico me ha librado de un gran peso; porque no habria cosa mas sensible para mí que la muerte de ese hombre bondadoso á quien he debido siempre el mas acendrado cariño.

Siento infinito, mi querida Enriqueta, haber tenido que dejarte en el estado en que te hallas; pero confio que siguiendo las cosas el curso satisfactorio en que las he encontrado, mi ausencia será de corta duracion. Dentro de doce ó quince dias, á mas tardar, espero darte un abrazo.

Cuídate, mi querida Enriqueta, y no dejes de escribir con frecuencia á tu

Carlos.»

P. D. A Pedro que no se olvide de plantar en el cuadro del jardín donde estaban los nardos la simiente de fresas que dejé en la caja de las violetas.»

—Profanacion á sangre fria, dijo Fernando.

—Período álgido, añadió Luis.

—¿No hay mas que leer?

—Algo queda.

—Lleguemos pronto á la oracion fúnebre.

Luis siguió leyendo.

PEREGRIN GARCIA CADENA.

PARTE DE UNA ELEGIA

DE

D. Carlos Rubio.

Insertamos á continuacion una parte de la elegía que ha escrito desde Lóndres nuestro querido amigo el Sr. D. Carlos Rubio, y que nuestros lectores verán con gusto, por el mérito literario que encierra. Séanos lícito lamentarnos de paso de que la política, que todo lo esteriliza y seca, separe del campo de la literatura, donde tantos lauros podian alcanzar y tantos dias de gloria proporcionar á su país, las mas vigorosas imaginaciones y los talentos mas claros y fecundos.

Si la pasion política se moderara; si los odios que nos dividen se extinguieran; si entráramos en una situacion normal y tranquila, España ganaria mucho en consideracion á los ojos de Europa, y el ingenio español, hoy oscurecido y casi apagado, irradiaria sobre el mundo sus antiguos resplandores. El Sr. Rubio, que, dejando su pluma de oro de eminente poeta, ha tomado la espada de soldado para seguir al general Prim en su funesta y trastornadora expedicion, no lloraria en tierra estrangera los recuerdos de su patria perdida; y al lado de sus amigos, que tanto le quieren, porque admiran en él, no solo las dotes de inteligencia, sino las del corazon, darianle las musas, de las cuales es uno de los hijos mas privilegiados, la reputacion, el crédito, quizás la fortuna que le negará la política, de la cual solo puede esperar desengaños y sinsabores.

Nuestra desdicha no quiere que en España ocupen los hombres su verdadero puesto y vayan por donde su inclinacion los llama. Los poetas haciendo revoluciones, los políticos entregados á una pasion estéril y sin grandeza, todas las inteligencias fuera de su centro, todos los espíritus perturbados: tal es el triste espectáculo que presenta nuestro país, y dificulta su progreso, su prosperidad y su gloria.

Quiera el cielo que vengan tiempos mas bonancibles en los cuales podamos reunirnos y abrazarnos en un sentimiento comun, generoso y noble, los que rendimos culto á las letras, sin que esa madrastra odiosa que se llama política, abra un abismo entre corazones que se estiman é inteligencias que se atraen. Pero ¡ay! Esto será para desgracia nuestra demasiado tarde, porque cada dia son mas densas las sombras que nos cercan y en

donde en vano nos buscamos; cada dia mas sordo, mas rugiente, mas desacordado el rumor de las pasiones políticas que ahoga la voz con que nos llamamos sin oirnos.

Hé aquí la parte de la sentidísima elegía del Sr. Rubio, que podemos insertar, y que lleva por epigrafe: *A unas aves.*

Aves que vais hácia la patria mia
Como van mis suspiros lastimeros,
Llevadla el beso que mi amor la envia.

¡Cuánta impotente envidia siento al veros,
Yo, en nuestro valle piedra desechada
Que con el pié separan los viajeros!

Bella te elevas en la mar salada,
Como en mas breve mar la chípria Diosa,
Admirada Albion ya que no amada:

De aquel Dios del trabajo eres la esposa
Que los mónstruos unció de mar y tierra
A su régia carroza victoriosa;

Y, que con lazos de oro ató á la Guerra
Cuyo sangriento acero trocó en plumas
Con que arma á la razon que la destierra;

Y aunque quizá, olvidando que es de espumas
De tus grandezas el cimiento incierto,
La creacion tu pedestal presumas;

Y aunque quizá tu corazon ha muerto,
Y eres estatua colosal de duro
Mármol de tumbas, terso blanco y yerto,

Asilo ofreces plácido y seguro
Al proscrito en tu hogar, donde luciente
Vé de la libertad el juego puro,

Y no se juzga de su patria ausente,
Porque es la libertad la patria santa
De todo corazon y toda mente.

Mas no estrañes que anude mi garganta,
Recordando otro pueblo y otra historia,
El dolor que mi espíritu quebranta:

Que hasta elevado á la celeste gloria,
Conserva acaso el niño venturoso
De su perdida madre la memoria.

¡Oh España! ¡Oh dulce España! ¡Oh sol radioso!

¡Oh cielo azul! ¡Oh fuentes cristalinas!

¡Oh verde campo en flores abundoso!

¡Oh montes coronados de ruinas

Que pueden enviarte Grecia y Roma!

¡Oh canciones del pueblo peregrinas,

Engalanadas con aquel idioma

Que, como el Tajo aurífero y abundo,

Cual flor de almendro de meliflúo aroma,

Compite siempre con el mar profundo,

Ya cuando ruge como hambrienta fiera

Y espanta y mueve y ensordece al mundo,

Y ya cuando en la alegre primavera,

De amor suspira al declinar el dia

Besando cariñoso la ribera!

¡Oh humilde albergue en que la infancia mia,

Junto á mi cuna con amor sentada

Mi madre el libro santo me leia,

Y apoyando ambas manos en la espada,

Recordaba mi padre fatigado

Las mil batallas en que fue mellada!

¡Oh solitario bosque perfumado,

Do por mí sorprendido en una siesta

Huyó amor de sus ninfas rodeado,

Y una (la mas hermosa y mas modesta,)

De azules ojos y de voz suave,

Huyendo mas risueña y menos presta,

Entre las manos me dejó aquel ave

En que el poeta sobre el mar mundano

Al firmamento levantarse sabe!

¡Oh templo del saber do quise en vano

Mi alma encender en la sagrada pira

Al escuchar al sacerdote anciano!

Que si el poeta las estrellas mira

Mientras los otros reman, y se aleja

Buscando flores cuyo aroma aspira,

Mientras los otros mueven trillo y reja,
Es que está destinado á ser piloto
Y á sacar miel de flores cual la abeja.

¡Oh puerto resguardado de Euro y Noto
Donde, cual Juan en Patmos, evocaba
Con el pasado el porvenir ignoto,

Y el gemir en las tumbas escuchaba
De mártires sin fin, y allá en el cielo
El himno redentor que contestaba!

¡Oh callados sepulcros, que en el suelo
Guardais mi corazon hecho pedazos
Bajo las negras lápidas de hielo!

¡Oh de fiel amistad tiernos abrazos!

¡Oh templo que termina cruz erguida

Abiertos siempre los piadosos brazos!

¡Oh patria mia, en fin, patria querida!

¿Cuándo volveré á tí, cuándo en tu seno

Podré de nuevo alimentar mi vida?

C. RUBIO.

(Del Contribuyente.)

LA MISA DEL DIA DE PASCUA

EN SAN PEDRO DE ROMA.

El dia de Pascua celebra misa el Papa en el altar mayor de San Pedro: este altar está colocado de manera que al decir Su Santidad la misa se halla de frente á los fieles. El momento de la elevacion sobre todo tiene una grandeza que llena el alma de un santo temor. En medio de un profundo silencio, creyentes, incrédulos, disidentes, todos se prosternan conmovidos y adoran al Hacedor. Despues de la misa tiene lugar la bendicion desde el balcon de San Pedro: el pueblo se reúne en la plaza y se prosterna en aquel momento hasta tocar el suelo con la frente. Son ceremonias de tal grandeza que abismañ el alma en profundas meditaciones religiosas.

TRABAJOS

EN EL CAMPO DE MARTE DE PARIS

para la esposicion universal de 1867.

El Campo de Marte, donde se construye el inmenso edificio destinado á la esposicion universal de 1867, ofrece en estos momentos un aspecto imposible de describir y que solo se comprende bien con auxilio del dibujo que publicamos en este número.

El terreno sobre que trabajan los soldados franceses está cercado por fosos profundos y prolongadas trincheras que nada tienen que envidiar á las que defienden las plazas fuertes. Las máquinas de vapor y los ingenios de todas clases que hacen rechinar las cábricas, los carros que cruzan en todas direcciones, los gritos de los trabajadores, el ruido sordo de los carretones que se cargan y se descargan, los golpes de los martillos que caen sobre las piedras, todo esto confundido en un inmenso rumor, dá una idea incomparable del poder y del genio del hombre.

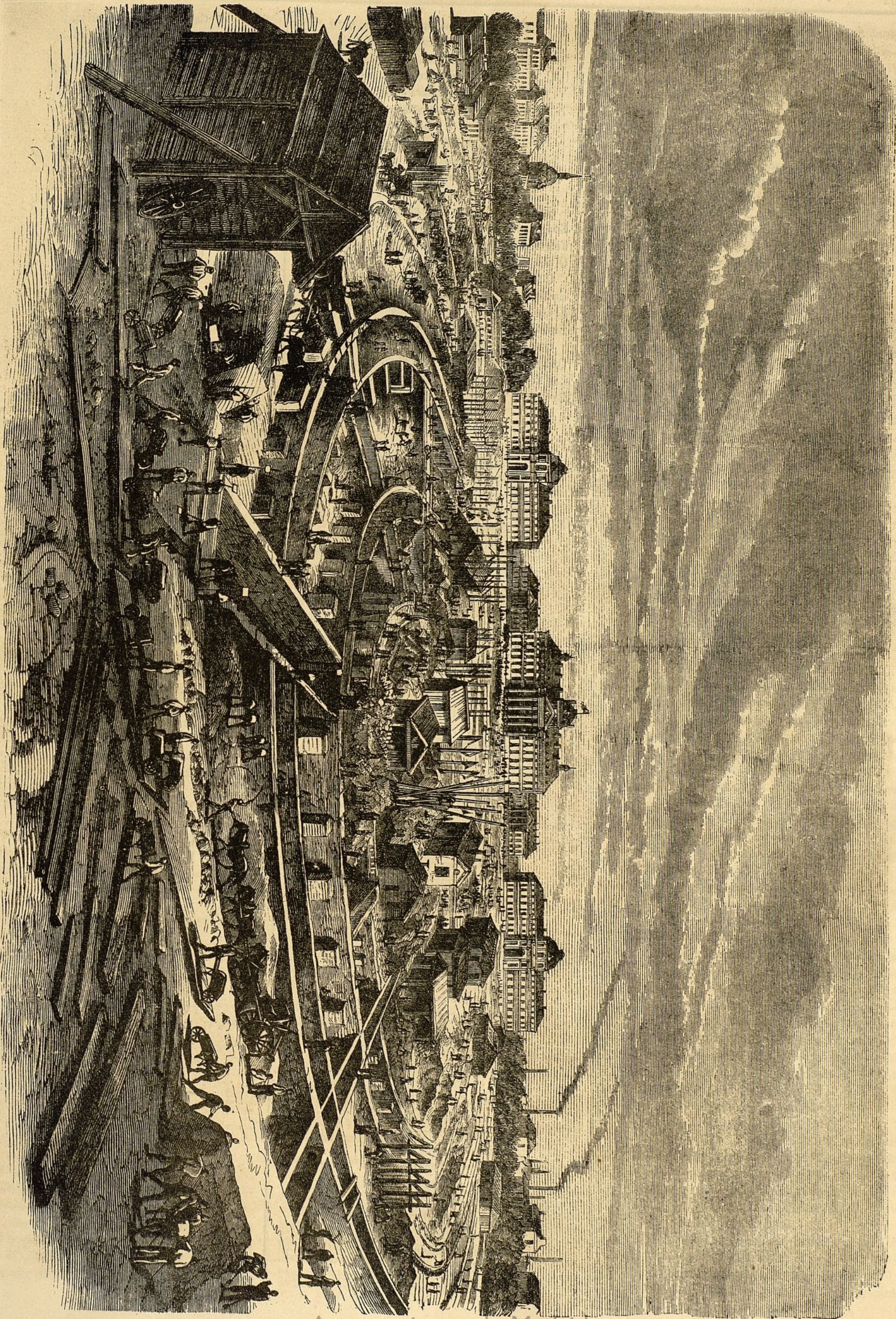
Los cimientos del futuro palacio en el que trabajan mas de 1.500 obreros, se hallan ya á flor de tierra y es preciso un hilo como el de Ariadna para no perderse en el laberinto de bóvedas y de pilares destinados á sostener un monumento que ocupará catorce hectáreas de tierra.

Todo anuncia que esta obra llamará la atencion del mundo por su grandeza y por la hermosura de todas sus partes.



LA MISA DEL DIA DE PASCUA EN SAN PEDRO DE ROMA.

Ayuntamiento de Madrid



TRABAJO EN EL CAMPO DE MARTE DE PARIS, PARA LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867.

A CIUDAD-RODRIGO.

POESIA.

I.

Desdichada ciudad...! abandonada
De todo el mundo, que te nombra apenas,
Tu vetusta muralla remendada,
Tus fosos, tu castillo y tus almenas,
De qué te sirven, infeliz...? De nada!

De nada sirve que en algunos dias,
Rota bandera con orgullo alzando,
A las rudas y agrestes cercanías
Quieras mostrar un átomo del mando,
De aquel poder que un tiempo sostenías.

Que el que te mire con certeros ojos
Y las páginas sepa de tu historia,
Solo verá raquíticos despojos,
Seco el laurel de tu brillante gloria,
Sus flores convertidas en abrojos.

Y al contemplar tus casas derruidas
Y hundidos en el polvo tus blasones,
O en piedras por la lluvia ennegrecidas,
Borradas por el tiempo y carcomidas
Las armas de tus ínclitos varones;

Por do quiera al mirar calles desiertas,
Escombros y paredes taladradas
Por el verdoso musgo ya cubiertas,
Romántico lugar de las inciertas
Consejas que refieren de las Hadas;

Donde se escucha pavoroso el grito
Que lanza en las tinieblas la lechuza,
Prolongado, monótono, maldito
Cual eco del infierno que al precito,
Le parte el corazón y le espeluzna.

Si se pára á observar estos lugares,
Tal vez encuentre allí su fantasía,
Entre podridos huesos, á millares
Las sombras de los bravos militares
Que á la patria robó la guerra impía,

Errantes por la noche y vagarosas
Lanzar su maldición y su anatema
A los que van en horas silenciosas
A profanar sus venerandas fosas
Con torpes hechos ó intención blasfema!

Y al retirarse angustiado
De tu recinto sombrío,
Si acierta á mirar el río
Por entre guijas correr;

Y en sus vívidos cristales
Vé retratarse las flores
Y los pardos ruiseñores
Que van su linfa á beber;

Si de tus fértiles huertas
Contempla el jardín lozano
Que cultiva el hortelano
Al són de alegre cantar;

Y, al aire su fresco brazo,
Vé también por las mañanas
A las lindas hortelanas
Sus bellas flores regar,

Y aquellos frondosos árboles
Mirando al suelo cansados
O bajándose humillados
Hasta la tierra tal vez,

Porque sus ramas no pueden
Con las cargas onerosas
De sus dulces y sabrosas
Frutas de amarilla tez;

Si estiende luego su vista
Por el lejano horizonte,
Y vé la sierra y el monte
Pintados de azul turquí,

Y al través de la ilusoria

Gasa de sutil neblina

Sembradas en la colina

Mil casas aquí y allí...

Y un cielo siempre sereno,

Y un sol que alumbra apacible,

Y un aire que bonancible

Viene su rostro á besar,

Y cual sílfide amorosa,

Su mano enredando en ellos,

Mece un punto sus cabellos

Y vuelve luego á escapar...

Sin duda al admirar belleza tanta,

Enagenado y loco de placer,

Con el gozo sublime que le encanta

Olvida lo que en ti acabó de ver.

O si tal vez á su memoria vienes

Envilecida y vieja población,

El título orgulloso que mantienes

Será de su sarcasmo la ocasión:

Que todas esas galas y hermosura
Que no perturban tu fatal quietud,
Las flores son con que bordó natura
La tapa de tu fúnebre ataúd...!

II.

En otro tiempo, es verdad,

Fuiste célebre ciudad

De gran lujo y fortaleza,

Que ese pardo torreón

Y escombros en confusión

Pregonan hoy tu grandeza.

Y al verlos mi fantasía

Tal vez se figura un día

Lejano, sí, pero cierto,

En que un pueblo te habitaba

Alegre y feliz, que estaba

De gloria siempre cubierto.

Sí; que tu edad avanzada,

En las murallas grabada

A vista de los humanos,

Nos dice distintamente

Que vivieron con tu gente

Los orgullosos romanos.

Y aunque eran fieros y altivos,

Cuentan lápidas y archivos

Que te dieron honra mucha;

Que tus palacios dejaron,

Cuando los godos llegaron

Después de obstinada lucha.

Y estos lobos del desierto

Con pié de sangre cubierto,

Sobre tus muros saltaron;

Pero al mirar tu ropage

Su devastador corage

Por blanda piedad trocaron.

—Y nuevos siglos corrieron;

Y los que blandos se hicieron

Bajo tu benigno clima,

Sienten hervir nuevamente

Su sangre fiera y valiente,

Si otro invasor se aproxima.

Que como al toro lebreles

Iban en bravos corceles

A acuchillar á los moros;

Y por la noche volvían

Contentos, porque traían

Mas laureles que tesoros.

Y las que llanto vertieron

Cuando partirse los vieron,

Palomas enamoradas,

Los gritos en el castillo

Y el chirrido del rastrillo

Escuchaban azoradas.

Y al ver llegar sus galanes

En soberbios alazanes

Cansados ya de victorias,
Con mas placer los veían;
Que mas bellos parecían
Con el brillo de sus glorias.

Felices los que nacieron
Entonces! ellos pudieron
Lucir su heróico valor,
Y lidiando como buenos
Verter de entusiasmo llenos
Su sangre por el amor.

Por amor! esa fuente
Tan copiosa y permanente
De belleza y poesía,
Con que Dios sin duda quiso
Que comprenda el paraíso
Nuestra pobre fantasía.

Ese tesoro divino
Que allá del cielo nos vino
Del seno de Jehová,
Quien, al ver cuán dolorida
Nos otorga y triste vida,
Por consuelo nos le dá!

Vago impulso misterioso
Que al cobarde hace brioso
Y al incrédulo dá fe;
El que en aquellas edades
Egecutó heroicidades
Que el mundo asombrado vé.

Sí; que entonces los guerreros
Al dirigir sus aceros
A la musulmana grey,
Mas que el temor de su vida
Instábalen su querida,
Su Dios, su patria y su Rey.

Por eso con los rugidos
De rabia y furor henchidos,
Que lanzan los africanos
Y al mirar la cimitarra
Que el aire corta y desgarran
Agitada entre sus manos;

En vez de entrarles temor,
Se enciende mas su furor
Por acabar con su raza,
Y sus armas van sacando,
Como tigres afilando
Sus garras al ver la caza.

Y se acometen con brio
Y corre por allí un río
De la sangre musulmana;
Que á cada bote de lauza
Derriban una esperanza
O el amor de una sultana.

Y aquellos desesperados
Y estos de matar cansados
Se siguen acometiendo,
Y en los caballos oscilan
Y agonizantes vacilan
Y van al suelo cayendo.

Hasta que al fin mas valientes
O porque llevan sus frentes
El sello de la fortuna,
Venciendo los de la Cruz
Abren allí un ataúd
A la altiva media luna.

¡Oh cuántas de estas batallas,
Aunque todo nos lo callas,
Tú, Miróbriga, verías!
Cómo al ver los africanos
Vencidos por tus cristianos
Ufana sonreirías!

En edad tan venturosa
Eras alhaja preciosa
Y orgullo del castellano;
Que en tu recinto anidabas
Mil héroes, que presentabas
Altiva á tu soberano!

¡Qué bella entonces serías!
 Cuando entre las celosías
 De las caladas ventanas
 Escuchaban sus amores
 Cantados por trovadores
 Tus hermosas castellanas!
 Cuando en lujosos festines
 De los bravos paladines
 Coronaban las hazañas,
 Y con gritos de alegría
 El público enaltecía
 Al vencedor en las cañas!
 Cuando brotaban del suelo,
 Ufanos mirando al cielo,
 Las casas de tus señores,
 Con sus molduras brillantes,
 Sus agujas elegantes
 Y sus altos miradores;
 Con techumbre artesonada,
 De sus florones colgada
 Una lámpara moruna,
 Y alfombrada la escalera
 Con la sangrienta bandera
 De la altiva *media luna*...
 ¡Qué grande entonces serías!
 Cómo entonces brillarías
 Con tu gloria y tu belleza!
 Que en aquel tiempo en verdad
 Tuviste celebridad
 Por tu lujo y fortaleza!

III.

Fuiste grande y magnífica, subiste
 A la cima del brillo y la opulencia;
 Pobre mendiga, despreciada y triste,
 Sucios harapos cubren tu indigencia.
 Rota columna de castillo viejo,
 Emblema de las glorias que pasaron,
 Tienes tan solo ¡miserio cortejo!
 Secos arbustos que á tu pié brotaron.
 Pobre ciudad! si alguno al verte ahora
 Tan vieja, carcomida y maltratada,
 Tus dolores insulta con sonora,
 Burlona, estrepitosa carcajada...
 No te irrites, por Dios! porque pudiera
 Tu muerte ocasionar tal accidente,
 Y por un necio tal menguado fuera
 Que te irritaras tú, ciudad valiente!
 Dile mas bien que á conocerte aprenda,
 Que examine tus hondas cicatrices,
 Y si tiene cabeza, que comprenda
 En todo su valor lo que le dices:
 Que estudie lo pasado y no se ria
 Al verte en ese estado lastimoso;
 Pues con él se estrellaron algun día
 Los ímpetus hostiles de un coloso.
 Que hubo un Napoleon que amenazaba
 Bajo sus plantas sepultar al mundo,
 Un hombre colosal que ambicionaba
 Ser en la tierra Dios, el Dios segundo...!
 Que tu madre, la patria de los Cides,
 Detuvo al gran cometa en su carrera;
 Que renovando sus antiguas lides
 Cortó el vuelo á aquel águila altanera:
 Y si ciudades grandes derramaron
 Su sangre al sostener su independencia,
 En ti, pequeña, con espanto hallaron
 Legiones mil heroica resistencia.
 Y si de fuerza exhausta, y á balazos
 Aportillado el muro, te invadieron,
 Y en tus casas desechas en pedazos,
 Los gatos ¡ay! por último vivieron...
 Muy pronto sacudiste la cadena
 Que te echaron durante el parasismo,
 Y aquella turba de coraje llena

Hizo saber al mundo tu heroismo (1).

Dile tambien que acaso no te viera
 En estado tan triste y abatido,
 Si en aras de la patria placentera
 Tu existencia no hubieras ofrecido.
 Que así paga este mundo lisongero
 A todo el que por él se sacrifica;
 Auxilio, proteccion pide primero
 Y promesas entonces multiplica;
 Mas despues que ha pasado la tormenta,
 El polvo del olvido las sepulta,
 Y con desprecio los socorros cuenta
 Y al infortunio con desprecio insulta!
 Y dile, en fin, que si alma tan mezquina
 No alcanza á remediar tus sinsabores,
 Te deje en paz, postrada en tu colina,
 A solas devorando tus dolores!!

MIGUEL VELASCO Y SANTOS.

Ciudad-Rodrigo 185...

HASTA LOS GATOS QUIEREN ZAPATOS.

II.

Ahuyentado Agapito de casa de Soledad por la presencia de su enemigo D. Ambrosio, no se arrepentía, sin embargo, de su conducta nada cuerda, y no solo no se arrepentía, sino que una tras otra, hizo que llegasen á manos de aquella tres cartas, nada menos, en las que habia reunido cuanto á él le pareció mas sublime en materia de amor. Lo que el pobre chico debió cavilar y sudar para ir compaginando y zurciendo aquellos curiosos documentos; los paseos que se dió por las soledades é intrincados laberintos del Buen Retiro para inspirarse en tan amenos sitios, entre los perfumes campestres de sus verdes bosquecillos y el cántico de colorines y ruiseñores, solo Dios y él pudieran decirlo. En la última de las tres cartas, viendo que á las anteriores no recibió contestación, anunciaba á Soledad una visita, para oír de boca de ésta la sentencia de su vida ó de su muerte. La perseguida esposa estaba dispuesta á dársela, y de tal naturaleza, que no le quedasen ganas de volver por otra; esto, suponiendo que él no hiciese caso de los consejos que le tenia preparados.

Un martes, á las tres de la tarde, se presentó Agapito á reclamar contestación, como el acreedor necesitado á cobrar un pagaré á su favor, en el día y hora fijos del vencimiento.

—¡Ingrata! fue la primera palabra que dijo, despues del saludo.

—No creo que haya motivos para atribuirme semejante defecto.

—¡Que no hay motivos! ¡Y lo dice usted tan serena!... Yo tengo por ingrata á la persona que no se acuerda de quien á todas horas la conserva en su memoria y en su corazón. Usted no se ha dignado acordarse de mí, consagrarme un recuerdo.

Agapito llevaba perfectamente estudiado su sermón (algo mejor que las conferencias á San Isidro); así es que, lejos de tropezar, espresábase con facilidad pasmosa, fingiendo una ternura y una pasión, que ya quisieran muchos cómicos.

—Se equivoca usted, amigo,—repuso al momento Soledad;—me he acordado bastante, y soy franca, deseaba que viniese usted por aquí.

(1) Bien sabido es de todos cuánta sangre costó al ejército francés la toma de Ciudad-Rodrigo. La admiración que su heroísmo y el de su gobernador causaron á los invasores fue tal, que dueños de ella y cuando este último entregó su espada, se la devolvieron diciendo, «que un héroe, caudillo de gentes tan heroicas, no debía nunca ser desarmado.» Por lo demás, el ejército francés tuvo que rendirla muy pronto ante el esfuerzo de los aliados, á cuyo frente venia el ilustre Wellington.

—¿Conque he tenido tanta dicha?... ¿Y qué me cuenta usted, Soledad? ¿Ha leído usted mis cartas?

—¡Vaya! Sí, señor.

—¿Qué le parecen á usted?

—¿Qué quiere usted que me parezcan?... Conforme las iba leyendo, me preguntaba yo á mí misma; «¿Pero, señor, dónde he visto yo esto?» Discurrir por aquí, discurrir por allí... ¡nada! Hasta que al fin, leyendo la tercera, dije: «Ah! ya caigo! ¡Pues si es del *Rafael*, de *La martine*!...» Solo que él, es decir, usted, ha cambiado y suprimido alguna que otra palabra para aplicarla al caso.

—¿Cómo puede ser eso?... No me explico...

—Sí, señor, del *Rafael*, cuando Julia le dice á él lo que usted me dice á mí. Aquí está el *Rafael*; precisamente lo he acabado hace ocho días, y por cierto que es una novela en la que todo me parece afectado. Oiga usted, oiga usted.

Y Soledad leyó lo que sigue:

«Yo no sé si lo que siento por vos es lo que se llama amor en la lengua pobre y confusa del mundo, en la que las mismas palabras sirven para espresar cosas que solamente se asemejan en el sonido que producen en los labios del hombre; no quiero saberlo... Pero sé que es la mas suprema y la mas completa felicidad que el alma de un sér vivo puede aspirar del alma, de los ojos, de la voz de otro sér, que se le asemeja, que le faltaba, y que se completa encontrándolo. Al lado de esta felicidad sin límites, de esta aspiración mútua de los pensamientos por los pensamientos, de...» Pero ¿qué seguir leyendo? Basta que yo lo diga. No se ponga usted colorado, Agapito; no es usted el primero que entra en los jardines ajenos á coger flores para obsequiar á las damas.

Agapito estaba corrido como una mona. Con todo, conociendo que era preciso decir algo, inventar una disculpa cualquiera para no quedar tan en berlina, exclamó:

—Confieso mi hurto, Soledad. La situación de mi espíritu era tal en el momento de escribir á usted, que no hubiera acertado á coordinar media docena de palabras; entonces me ocurrió esa inocente estratagema.

—Es decir, que ha hablado usted por boca de ganso. También indica usted no sé qué de opresiones y de tiranos, que solo existen en su imaginación exaltada y calenturienta. En mi casa, Sr. D. Agapito, no hay mas tiranos, á Dios gracias, que mi esposo, hombre de bien á carta cabal, y mi hermana Emilia, que es un ángel; así es, que vivimos en la gloria.

—Señora, la pasión hace presumir cosas... porque la fuerza de la pasión... y la...

—¿Qué pasión, hijo mío, ni qué niño muerto! Usted es una criatura que aun está, como suele decirse, con la leche en los labios, que tiene el cerebro lleno de novelas, que no conoce el mundo ni los resultados de ciertas indiscreciones, y se lanza en busca de aventuras peligrosas. No se figure que se me ha escapado la inclinación ó el capricho de usted hacia mí, como no se le habrá escapado quizás á ninguna persona de las que nos tratan; pero yo no podía evitarlo mientras usted no me lo hiciera saber; ahora, pues, le ruego y le aconsejo que no se acuerde de mí mas que como una amiga que le aprecia, ó me verá obligada á revelar á mi marido lo que hay; cosa que, en verdad, por el bien de usted no he querido decirle hasta ahora.

—¿Habla usted con formalidad?

—¿Que si hablo con formalidad? ¡Me gusta la ocurrencia! ¿Qué habia usted llegado á figurarse? Si usted en su imaginación ha podido hacerme la ofensa de creer que podría yo faltar á mis deberes, como lo indica su pregunta, ha procedido con una ligereza incalificable.

—Yo creía haber observado en usted muestras de simpatías... especiales hacia mí.

—¡Gracias por el favor que me dispensa, atribuyéndome semejante cosa! ¡Cada vez lo va usted componien-

do mas! Repito que le aprecio á usted como hijo de una antigua amiga de mi mamá, y nada mas; sentiria tener que modificar el buen concepto que de usted me habia formado.

—Si usted, segun manifiesta, habia ya advertido mi inclinacion amorosa, que por cierto no es de hoy, sino de mucho tiempo atrás, debió no alimentar con su aquiescencia esta pasion, que será causa de mi eterna desventura.

—¿Acaso yo he alimentado eso que usted llama su pasion? ¿Cómo, cuándo, de qué manera? Hable usted. Vamos, ¿usted ha perdido el seso! ¿Qué queria usted, criatura? ¿Que cuando se colocaba á mi lado llamase á un municipal para que le quitase de allí, y que cuando me miraba le tapase los ojos?

—Lo cierto es que yo he perdido mi alegría y mi salud.

—Pues mire usted, se conoce bien poco; pero en fin, celebraré en el alma que usted se alivie.

—Es imposible; yo habia acariciado, acá en mi mente, unas ilusiones así... tan... tan... Mi amor es tan puro, tan...

—¡Diablo, con las purezas de usted! ¡Dios nos libre de ellas! ¿No hay solteras en Madrid, á quienes un jóven como usted pueda consagrar su cariño? ¿No sabe usted que es pecado codiciar los bienes ajenos? ¡Qué pronto olvida el catecismo de la doctrina cristiana!

—Eso es llamarme niño.

—Sí, señor; es usted niño por sus años, si no por su conducta; perdone usted que le hable con esta franqueza. Déjeme usted vivir en paz y en gracia de Dios; renuncie á su proyecto insensato, emplee el tiempo en cosas útiles y mas propias de su edad que esta clase de galanteos, y goce y disfrute, antes que el conocimiento y la esperiencia del mundo le roben verdaderamente esa alegría y esa salud de que, hoy al menos, si no me equivoco, se halla usted en plena posesion, por mas que afirme lo contrario. Y ahora, tome usted sus cartas... no quiero comprometerle conservándolas.

—Yo espero que usted meditará... que no me exigirá que desista de mí...

—¡Vaya si se lo exigiré! Sí, señor; de ningun modo autorizaré que por apariencias se dé lugar á murmuraciones que hayan de perjudicarme. Si usted no desiste, enteraré de todo á mi marido, y entonces...

—¿Y qué derechos tiene sobre mí su marido de usted?

—¡Vamos! ¡Mas vale tomarlo á risa! Está bien. Agapito, haga usted lo que quiera; yo haré lo que me convenga. Hemos concluido.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Agapito se puso derecho el lazo de la corbata, que se le habia corrido hácia la nuca, y en seguida, aunque demostrando serenidad é indiferencia, despidióse altamente enojado; pues, como dice con razon Quevedo: *Su colerilla tiene cualquier mosca.* (Se continuará).

VENTURA RUIZ AGUILERA.

VERSOS Y LOCOMOTORAS.

Apuntes sobre un libro que se acaba de publicar.

La época que atravesamos, segun dice la voz universal, es una época prosaica; es la época del billete de banco y de la locomotora. Y sin embargo, para nosotros la locomotora es una encarnacion poética. Esa máquina gigante que resbala rechinando fugaz sobre los rails; ese monstruo de fuego que cruza sobre los valles, atraviesa los desiertos y ruge en el seno de las montañas; ese ciclope feroz que con su ojo enrojecido y sus alientos de fiera, avanza entre las sombras de la noche y no teme á la tempestad; esa negra serpiente que agita y estiende su vaporosa crin en el espacio; esa locomotora, en fin, que arrastra un pueblo entero y llega altiva y orgullosa, del Manzanares al Sena, del Sena al Rhin, del Rhin al Neva, es para nosotros, repetimos, un tesoro de poesía. No comprendemos cómo á su estentóreo ruido, que es el rumor de la civilizacion y de las artes, calle la voz de las musas. No; lo que es necesario es que las musas levanten su voz al tono del ruido de la locomotora; que no canten el idilio pastoril, las escenas melifluas de Títo y Melibee á la sombra de la haya, ni el encanto inocente de la cándida zampoña, hoy que el mundo es un Prometeo victorioso que tiene á sus piés el rayo y que ostenta en su fornida figura nervios de hierro y arterias de vapor. Cantad, poetas; pero cantad con vuestro siglo.

Esto diríamos nosotros á cualquiera que sintiese en su mente germinar la inspiracion y nos consultase sobre la mejor manera de trazarla con la pluma. Mas no todos, aunque todos lo intentaran, podrían responder á semejante deseo. Las inteligencias, las fibras del sentimiento, la almas, en fin, son tan diferentes unas de otras como los rostros en cuyos ojos se pintan. ¿Y qué hemos de hacer si en medio de este agitado y tempestuoso oleage hay un alma delicada que aspira á describirnos sus dulces pensamientos? ¿No hemos de apreciar lo bello de las escenas, sentir las con la pluma que las describe, identificarnos con el puro ambiente que en aquel libro se goza, cuando el corazon, si no está gastado, responde siempre á las dulces impresiones y se estasia y se desvanece y se embriaga con ellas? Pues bien; á nuestras manos ha llegado un libro, que acaba de dar á luz un querido amigo nuestro y que está comprendido en esta segunda categoría que acabamos de indicar. *El caudillo de los ciento*, novela en verso, original del elegante y castizo escritor Sr. D. Antonio Arnao, es el libro que nos ocupa.

Vosotros, los que os dejais arrebatar de las profundas y atrevidas concepciones de Byron, de Goethe, de Schaspeare ó de Espronceda; los que escuchais estasiados los sonidos del arpa de Quintana; los que os entusiasmais con la musa fantástica y descompuesta de Zorrilla, no vengais al libro de Antonio Arnao; en él no encontrareis ni esos rasgos arrebatadores, entre divinos

é infernales, de un genio que se desborda; ni el acento robusto y contundente que se dirige á la patria; ni el desórden fantástico de una imaginacion calenturienta pero de bellísimos delirios. Mas los que seais dados á las dulces contemplaciones y á las vagas armonías; los que hayais leído á Manzoni y á Tomaseo; los que queráis solazar vuestro espíritu en agradable desvanecimiento, venid al libro de Antonio Arnao; en él encontrareis toda esa paz y esa tranquilidad que anhelaís deramar en vuestro corazon. Por eso sin duda este libro se ha empezado á difundir con mas rapidez y afan en una clase de público que es la que mas aprecia esas bellezas sentidas é ideales; el público que mas halagará las risueñas ilusiones del autor; el público de las damas.

Por otra parte, la novela de Antonio Arnao, y dispénseme que con tanta familiaridad le trate á pesar de que cuento la mitad de sus años, tiene condiciones de arte dignas de estudiarse como modelos. Interés que aumenta por momentos en la fábula, versificación correcta, elegante y castiza como todas las de su pluma, variedad de tonos, gráfica y lujosa descripcion, caracteres bien dibujados y sostenidos, unidad de pensamiento, diversidad, armonía.

El autor de *Himnos y Quejas*, *Ecos del Tader*, *Melancolias*, *D. Rodrigo* y otras obras, algunas premiadas por la Academia Española, ha dado un paso mas en su carrera literaria; y yo, que profesándole una antigua y verdadera amistad, me envanezco de sus triunfos, los consagro aquí en mal trazadas líneas, porque ni jamás he sido crítico, ni me parece que sirvo para tan árdua tarea. Sin embargo, si con estas breves frases, en que sin miramiento á las relaciones que me unen con el autor, he empleado el lenguaje severo de la verdad, consigo que os penetreis de ella y busqueis el libro de Arnao y... le compreis, porque solo así se realiza aquello de *lo dulce con lo útil*, me daré mil parabienes y me consideraré partidario de sus triunfos.

RAFAEL SERRANO ALCAZAR.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

EL MUSEO LITERARIO.

Se desean comprar dos tomos del primer año del MUSEO LITERARIO y los números 5 y 7 correspondientes al año 1.º, época II, de los dias 4 y 18 de Setiembre de 1864. En la administracion del periódico pueden presentarse los que deseen venderlos.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

VENTAJAS EN LA ADQUISICION DE NOVELAS ILUSTRADAS PARA LOS SUSCRITORES DEL MUSEO.

HORRORES DEL BRIGANDAJE.

La obra constará de 54 entregas de á 8 páginas y seis láminas.

La entrega 3 cuartos.—La obra completa abonando el importe á la vez 10 rs.

Para los suscritores de fuera el mismo precio, pero han de tomar la obra completa.

REGALO.

Todo suscriptor recibirá una gran lámina que representa uno de los mas importantes episodios de la novela.

PARA LOS NO SUSCRITORES.

A real la entrega, y la obra completa 52 rs.

Para los pedidos dirigirse á D. J. Carboneros, Caballeros, 1. Y D. Vicente Alegre, litógrafo, plaza de la Constitucion.

Ayuntamiento de Madrid